

Revista

Canayita

Junio

Especial
con los relatos
ganadores de
nuestro concurso
de género
negro.

NÚMERO 4

Revista ©Anayita

PUBLICADO POR

Revista ©Anayita

Toda la información sobre nuestras publicaciones en: Canayita.usal.es

Suscríbete en nuestra web y recibe novedades y noticias.

CONSEJO EDITORIAL

Alberto Vaquero

Isabel M^a Lafuente

Jaime Martínez

Paula Barba

Rosa Celiberti

MAQUETACIÓN

Paula Barba

Editorial

Un número más de la edición digital de la revista, y un mes más de relatos e ilusiones. ¡Y de trabajo!

Al acabar los exámenes, mientras esperas a que suban tus notas, piensas “ya está, por fin. No ha sido para tanto”. Tal vez sí fue para tanto, pero ya no importa: ya lo has hecho, y te sientes de maravilla. Con las ediciones de la revista pasa lo mismo. Cuando se ve la revista ya editada, todo parece muy sencillo: te preparas para leer su contenido, y piensas “pues ha quedado bastante bien”. Y te olvidas de todo el esfuerzo que hay detrás. Y no importa, porque la verdad es que merece la pena cada minuto que se ha invertido en esta meta. El mérito no es solo de las personas que nos aseguramos de que ©Anayita siga funcionando, sino de todas las personas que encuentran un rato para escribir y enviarnos sus textos, o que deciden usar su tiempo libre en leerlos.

Es por eso que ahora que ya es verano, y las obligaciones no son tantas, esperamos que algunos de nuestros lectores se animen a dar el gran paso de animarse a escribir. A veces, compartir lo que has escrito con otros supone un gran esfuerzo... pero siempre ¡siempre! va a merecer la pena.

¡Pasad un buen verano!



Índice:

Microrrelato

- * Lo que yo queríamos no eran lentes (Elena Hernández González)..... 3
- * Garabatos de rimel en la palma de la mano (Helena Guirao)..... 5
- * (Claudia Garzia)..... 7

Poesía

- * Soneto V (José Ramón Múñiz Álvarez)..... 8

Espacio Divulgativo: Serie Divulgativa Épica:

- * El Shahnameh (J.M. Porro)..... 12

Especial: Ganadores del Concurso

- * DOBLE O NADA (Miguel Paz Cabanas)..... 15
- * CUENTAS PENDIENTES (Rubén Gozalo Ledesma)..... 20

LO QUE YO QUERÍAMOS NO ERAN LENTEJAS

Elena Hernández González

A menudo, imaginaba que las palabras tenían el poder de alterar la realidad. Un día descubrió que las cosas que le daban miedo parecían menos terroríficas después de nombrarlas en voz alta. Terminó desarrollando la creencia de que debía combatir sus miedos en solitario, cumpliendo un ritual extraño, según el que iba añadiendo palabras a una frase. Con cada nueva palabra, superaba una nueva fobia:

Al principio, fue el vértigo: Lo que...

Horror vacui, solipsismo: lo que yo...

Esquizofrenia: Lo que yo queremos...

Nihilismo: Lo que yo queremos no...

Anacrofobia: Lo que yo queremos no eran...

Saltos y bucles en el tiempo. Agujeros negros, fractales, infinitos dentro de nfinitos.

Tripofobia: Lo que yo queremos no eran lentejas.

Patrones que se repiten. Acumulaciones de geometrías. Panales de abejas. Vestidos de sevillanas. Sujetadores de gogó con lentejuelas. Cosas pequeñas amontonadas. Un plato de lentejas, huevos de rana, burbujas juntas sobre la pasta de dientes.

Cualquier otra persona simplemente habría hablado de ello con alguien.



Garabatos de rimel en la palma de la mano.

Helena Guirao

HUELE A LLUVIA.

FROTO LA SONRISA DE MIS PÁRPADOS CERRADOS, CON FUERZA. EL RÍMEL HA DEJADO UN RESTO EN MIS MANOS, COMO SI ALGUIEN ME HUBIERA GARABATEADO EN LA PIEL UNA DE ESAS PARTITURAS QUE PARECEN IMPOSIBLES. SE PARECE A TU PELO AHORA. DESCONTROLADO, FOSCO. GROSERO.

ACERCO LA MANO A TU CABEZA Y LA HUNDO, TRATO DE CAMU AR LA TINTA ENTRE EL CABELLO. EMPIEZO A DAR GOLPECITOS CON LOS DEDOS, EN ARAS DE INTERPRETAR EL CAOS QUE COM- PONEN LA MANCHA Y TU MELENA. SOLFEO TONTAMENTE, COMO CORRESPONDE AL ESTADO POSTLETÁRGICO, CADA VEZ CON MÁS INSISTENCIA, HASTA QUE ME PEGAS UN MANOTAZO Y TE TAPAS POR COMPLETO CON LA SÁBANA.

ME GUSTA CUANDO DEJAS LA EDUCACIÓN A UN LADO.



AHORA ACERCO LA MANO, Y DIBUJO SOBRE LA TELA EL RELIEVE DE TU PARTICULAR CABEZOTA, TUS CEJAS FRUNCIDAS, TU NARIZ FRÍA, LA BURBUJA DE AIRE QUE CRECE CUANDO RESPIRAS, LA ORILLA ENTRE TU CUELLO Y TU MANDÍBULA...

EL TRAZO QUE HA DEJADO LA TINTA NO SE PARECE NI REMOTAMENTE A TI.

ES MADERA MOJADA.

PERO ERES TÚ QUIEN ESTÁ DEBAJO, DE ESO NO HAY DUDA.

POLIÉSTER.

ME PARECE SU CIENTE COMO PARA ADIVINAR A QUÉ SUENAN TUS LABIOS. 6



Se derrumban los muros de mi resistencia. Mis emociones son dictadas por un aliciente que observa. Tras el muro veo una figura, es un diablo blanco que me encuentra. Me despelleja los labios, me sabe frío su aliento y su olor en mi boca desborda. Manantial hiriente que dilata y enerve pero siento que permanece el odio que me pertenece. A veces soy un cachorro enfermo que pesa más su alma al yelmo y me permito ser víctima del anochecer que al amanecer embellece. He sido testigo de todo un ciclo de vida a su lado, diablo blanco.

SONETO V

José Ramón Múniz Álvarez

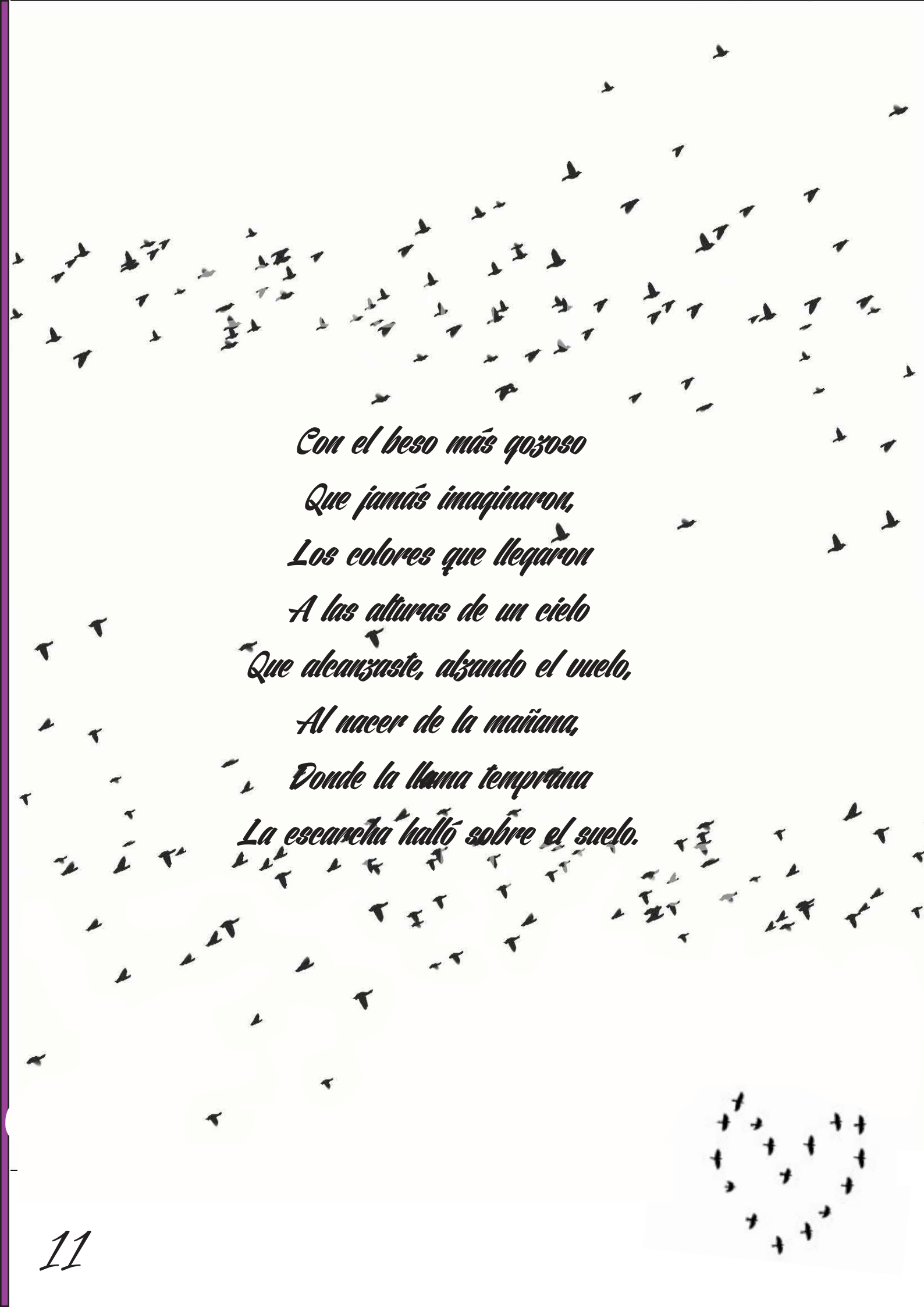
*A cambio de tus besos silenciosos
Un reino he de entregar, tierra olvidada,
Aire sin voz, llegando a la morada
De todos los misterios y reposos.
Los quicios de tus ojos cariñosos
Allí me encontrarán, alma cansada,
Lleno de amor, de entrega fatigada
De anhelos y de esfuerzos dolorosos.
Habré llegado a ti desde la vida
Para volverte vida entre mis brazos,
Y habremos de emprender el largo viaje.
Del sueño volverás del que, dormida,
Pretenden despertarte mis abrazos,
Que abrieron a tu amor tanto coraje.*



*La aurora de la muerte
Los prados humedecidos
Que, besados por la helada,
Con la misma madrugada
Yacían adormecidos,
Escucharon los gemidos
Llegados del firmamento,
Que, rozados del aliento
De la aurora blanquecina,
Apartaron la neblina,
Densa en las alas del viento.
Y aquella mancha de plata
Que el sol trajo en su carruaje
Iluminaba el paisaje,
Mezclando al blanco escarlata,
Que, aunque tímida, sensata,
De agotarse temerosa,
Rasgó la caricia hermosa
Al rayar en la mañana,
Como caricia temprana,
Llena de luz, olorosa*



*El arroyo, sin apuro,
Aún su cauce empobrecido,
Murmuraba su sonido
Al cruzar el valle oscuro,
Siguiendo el curso seguro
Que, en su descenso tranquilo,
Avanzaba con sigilo
Entre las cómplices sombras,
Regando secas alfombras,
Buscando mayor asilo.
De las aguas transparentes,
Su curso lento, sencillo,
Se saciaba el cervatillo
Que bebió de las corrientes,
Reflejándose en las fuentes
Donde las juncias brotaban,
Y en las alturas hallaban
La copia de su hermosura,
El sosiego y la frescura
En las nubes que flotaban.
Y entonces te despertaron
De aquel sueño perezoso,*



*Con el beso más gozoso
Que jamás imaginaron,
Los colores que llegaron
A las alturas de un cielo
Que alcanzaste, alzando el vuelo,
Al nacer de la mañana,
Donde la llama temprana
La escarcha halló sobre el suelo.*



El Shahnameh (همان‌ها) o “Libro de los reyes” es la obra épica por excelencia del mundo persa (entendiéndolo en sentido amplio –Irán, Afganistán, Azerbaiyán y territorios cercanos) y una de las obras épicas más extensas de la literatura universal con sus más de 50.000 pareados. Su autor fue Hakim Abol-Qasem Ferdowsi-e Tusi (یسوت یسودرف مس اقل اوبا می‌کح), normalmente abreviado en Ferdowsi, y se conoce la fecha de la obra, ya que el autor termina con un colofón: “Ahora he culminado la historia de Yazdegird en el mes Spandarmad, el día Ard tras cuatrocientos años desde la Hégira del Profeta (8 de marzo del 1010). He acabado esta gran historia y toda tierra hablará sobre mí. No moriré. Estas semillas que he sembrado salvarán mi nombre y mi reputación de la tumba y los hombres cabales y sabios dufundirán de mí, cuando me haya marchado, alabanzas y mi fama”.

La verdad es que el autor cumplió su propósito, ya que su obra ha servido de inspiración a lo largo de los siglos y ha sido alabada por múltiples autores posteriores persas y no persas, desde el mundo de la poesía al de la historia, pasando por la bibliografía y más recientemente el cine con la trilogía de los años 70 Skazanie o Rustame, Rostam i Sukhrab y Skazanie o Sijavushe.



¿De qué trata el Shahnameh? Normalmente, cuando pensamos en épica o cantares épicos, nos hacemos a la idea (generalmente, no siempre) de que trata sobre un héroe en concreto y sus hazañas o, más ampliamente, sobre su familia en un contexto temporal y geográfico determinado. No es este el caso de la obra de Ferdowsi, que abarca desde los héroes fundadores de la civilización hasta casi su tiempo, actualizando el contexto geográfico y político en el que sucede la obra a la época de su escritura. Es, en definitiva, la puesta por escrito de la historia, el folklore y la cultura persa en un momento en el que todo ello corre peligro de caer en el olvido con el dominio musulmán.

El contenido de la obra se puede dividir, esencialmente, en tres bloques: la era mítica, la era de los héroes y la era histórica. La era mítica es la más corta de todas y se podría decir que es la creación de la civilización: se descubre el fuego, se dictan leyes, se establecen festividades y otras costumbres e incluso es el momento en el que se inicia quizás la rivalidad más pródiga del libro, que es la de los iraníes contra los turaníes, y que se inicia tras una guerra entre hermanos (Iraj, Salm y Tur –de ahí “turanio”) y la posterior venganza de uno de los nietos, Manuchihr.

La era de los héroes ocupa dos de las terceras partes de la obra y está protagonizada, en primer lugar, por la dinastía quizás más tradicional del folklore iraní, la Kayánida, cuyo nombre tiene que ver con la palabra irania antigua kavi (“poeta-sacerdote” o “rey”), también presente en el sintagma importante y repetido de la “gloria kaví”, que es la gloria (farr en persa moderno) y en cierto modo el aura que tienen los reyes, que puede brillar bajo sus buenas acciones o apagarse ante sus malas decisiones o el paso del tiempo. En segundo lugar e incluso más importante, están los héroes principalmente de Zavoletán (actualmente entre Sistán en Irán y Zavol en Afganistán), que son los sostenedores de la corona, especialmente Rostam, cuya figura es elevada por encima de cualquier otra. Cuando los reyes y los héroes se entienden, el reino florece, mientras que cuando entran en conflicto, el reino se tambalea.



En esta extensísima parte del poema, hay lugar también para algunos de los romances más importantes de la obra, como el de Sēyavash y Sudābeh, el de Bijan y Manijeh o Zal y Rudabeh. También para episodios dramáticos, como la lucha entre Rostam y Sohrab, padre e hijo, que acaba con la muerte del segundo, o los encarnizados duelos entre Rostam e Isfandyar provocados por las malas decisiones del rey Goshtasp y que acaba con la muerte de Isfandyar, otro de los héroes más valerosos de la historia.

La era de los héroes se cierra con personajes históricos que aparecen mitificados en la obra, como son los últimos Aqueménidas (se puede identificar a Dara con Darío III) y Alejandro Magno. Este segundo también ocupa una parte importante del libro entre la conquista de Persia y sus hazañas, que están más basadas en la tradición del Romance de Alejandro que en las obras históricas, aunque también haya trasfondo real en algunos de los pasajes. En sus pasajes viaja desde Al-Ándalus a Abisinia, habla con árboles, mata dragones, etc. Su muerte se puede decir que da por concluida esta época.

Se inicia por tanto la era histórica con una época de caos sin heredero designado por Alejandro Magno, que correspondería a la época de los diadocos. Brevemente se hace mención a los Arsácidas y posteriormente se trata más extensamente de los Sasánidas que, aunque sean reyes reales y se trate de hechos verídicos, no dejan de estar revestidos de hazañas míticas. El final de la era Sasánida y, por tanto, de los reyes propiamente persas, acaba con una narración romántica de la conquista árabe.

Los heroes y reyes de Ferdowsi no son ni mucho menos perfectos. Se enfadan, beben y comen más de lo que deben, son egoístas y en ocasiones vagos, pero, pese a todo, sirven generalmente al mantenimiento del reino persa con valentía, sabiduría y esfuerzo en un contexto de lujo y protocolo. Se puede decir que son caracteres psicológicamente trabajados.

El Shahnameh no está traducido en su totalidad al español, sino que hay traducciones parciales como El libro de los reyes. Historias de Zal, Rostam y Sohrab, por Clara Janés Nadal y Ahmad Mohammad Taherí o el primer tomo del Shahnameh de los tres totales previstos por Beatriz Salas, cooperación de las embajadas de Venezuela e Irán. Una buena traducción al inglés (muy recomendable) se puede encontrar en Penguin por Dick Davis del año 2006, elaborada en prosa, aunque con algunos fragmentos poéticos muy bien trabajados y con iluminaciones de códices en blanco y negro.



SEGUNDO PREMIO:

DOBLE O NADA

Miguel Paz Cabanas

EXISTEN dos evidencias notorias para los que nos movemos en el mundo de las apuestas: 1) la mayoría de los jugadores que empiezan con ganancias acaban por solicitar un préstamo, 2) ninguno consigue reunir la pasta suficiente para devolverlo.

En la década de los cincuenta estos dramas eran el pan nuestro de cada día y solíamos resolverlos a la vieja usanza, esto es, acosando a la víctima y aplicándole una presión creciente. Empezábamos con llamadas persuasivas, seguíamos con visitas amenazadoras y, tras un diálogo de tipo pugilístico, pasábamos a tácticas más rotundas: quemar la casa o secuestrar durante un fin de semana a un familiar querido. Adicionalmente recurriamos al chantaje amoroso (con los bolsillos llenos casi todos los jugadores se echan un amante) pero, como profesionales del sector, rara vez los eliminábamos: en esencia, porque bloqueabas las posibilidades de éxito póstumo (siempre es engorroso vérselas con una viuda suplicante) y porque, inevitablemente, provocabas la estampida de los demás morosos.

Eso fue factible en una época de reglas cartesianas, donde el hampa respetaba sus códigos y la policía, con una idea clara de lo que era razonable, aceptaba que quien contraía deudas debía pagarlas.

Sin embargo, a partir de cierto momento de inestabilidad social, las cosas adoptaron otro cariz. La pasma dejó de ser complaciente y el mundo en general, desasosegado por lo que veía en televisión, empezó a rechazar las expresiones de violencia. Según la tesis de mi jefe esta estulticia coincidió con el protagonismo de los políticos, que se comprometieron a gestionar comunidades honorables. Era evidente su hipocresía, habida cuenta de que lo único que ansiaban con su estrategia era embolsarse un puñado de votos.

Sea como fuere, nos vimos obligados a cambiar de táctica y a pasar a una actividad clandestina. Ya no podíamos actuar a la luz del día, campar a nuestras anchas o recurrir a métodos consagrados: debíamos movernos con sigilo y obrar al margen de la ley. Eso no sólo embrolló nuestro trabajo, sino que nos colocó en situaciones muy delicadas. Las cosas se volvieron del revés y los que antaño sufrían los efectos de su codicia, ahora eran protegidos por una justicia que se iba volviendo más y más barroca.

La gente del gremio se pasó a negocios más lucrativos (como la droga o la prostitución), sí bien he de admitir que mi jefe nunca se batió en retirada. Se armó de una paciencia

Una tarde, mientras tomábamos un martini juntos, me expuso lo siguiente:

- He oído hablar de un belga, un tipo que resuelve estos asuntos con una discreción inaudita. Ni una gota de sangre, ni una huella de saña en sus rostros, pero siempre consigue que el moroso pague. Aunque existe un pequeño inconveniente.

- Que cobra una pasta gansa –especulé yo.

- No. Que tarda mucho tiempo en resolver los casos. Pero eso sí, jamás falla.

- Iré a visitarlo personalmente.

- Lo dudo. Se pone en contacto con sus clientes a través de un apartado de correos. Es un hombre cuidadoso y escurridizo.

- Veremos –dije yo apurando mi segundo martini.

NUNCA imaginé que Laurent Dutroux, el belga, fuese un hombre tan peculiar. Ahora me resulta anecdótico, pero cuando lo vi por primera vez, sentado en el banco de un parque solitario, pensé que se trataba de un error. Era un señor de rostro fofo y anodino y todo en él emanaba un aire acaramelado: desde su pajarita azul lavanda a su jersey de rombos, incluyendo unos pantalones de tweed que le quedaban ridículamente pequeños. Estaba echando piensos a un corro de palomas y al verme me dirigió una mirada lacerante.

- Perdone que le haya hecho esperar –le dije cortésmente, pero él, ignorando mi presencia, se limitó a seguir con su corte de palomas.

Estuve a punto de darme la vuelta, pero al captar mi reacción carraspeó y se identificó con una voz repugnante: la voz más terriblemente gangosa que había oído en mi vida.

- Soy Laurent Dutroux... -me susurró- No estoy acostumbrado a que me obliguen a tratar los asuntos en persona. Monsieur Larsson me llamó ayer por la noche y he accedido a verle porque a su jefe le precede una reputación de hombre serio.

Tomó la lista que le entregué y, sin revisarla, la dobló con pulcritud infantil. No enablamos conversación alguna, pues cuando quise explicarle en qué consistía su misión alzó su minúsculo culo del banco y, tras arrojar el resto del maíz, me interrumpió con otra frase.

- No se preocupe –musitó-. Todo está bajo control-. Expresado lo cual, inclinó ceremoniosamente la cabeza y se fue seguido por el arrullo de las palomas.

No me gustó nada el terriblemente gangoso Dutroux y así se lo transmití a mi jefe, que hizo caso omiso de mis advertencias. Durante un tiempo estuve tentado de romper nuestra sociedad y, dado mi prestigio, abandonarlo sin más explicaciones. Para quien no lo haya percibido yo era un tipo que se tomaba en serio su ocupación, es decir, un profesional modélico, y si algo me sublevaba o escocía eran los raptos de excentricidad.

Pero al cabo de unos meses tuve que retractarme –valga la expresión– con todas las de la ley.

En un periodo aproximado de dos años, todos los morosos de mi jefe saldaron sus deudas. Ni siquiera hubo necesidad de apretarles las clavijas, pues hasta el último pagó sin rechistar. Incluso hubo quien dejó propina “en aras –decía– de lavar su honor”, para regocijo de mi jefe y pasmo del que esto escribe. Sobre todo porque, cuando acudían a nuestro local, lo hacían con una mirada alucinada en los ojos.

¿Quién diablos era aquel Dutroux y cómo había conseguido, con su apariencia de lechuguino, que nos devolviesen la pasta? ¿Con qué procedimiento mefistofélico había logrado que hombres adustos, que le doblaban en tamaño y hostilidad, accedieran a pagar como corderos? Me corroía la curiosidad, pero lo único que sabía acerca de aquel hombre, de su semblanza y de su pasado, era que había nacido en Bélgica. Bueno y que, como ha quedado claro, tenía una voz terriblemente gangosa.

DOS años después las cosas dieron un giro copernicano y fui yo quien se convirtió en un moroso. Sería prolijo explicar cómo sucedió, pero básicamente el desencadenante fue una pelirroja que consiguió, a fuerza de viajes y caprichos, dilapidar mi modesta fortuna. No tardé en recurrir a un prestamista y aunque mi propio jefe intentó socorrerme, mi orgullo me impidió aceptar su ayuda. Intenté apañármelas solo, hasta que me di cuenta de que estaba embarrado hasta el cuello. Cuando peor me iba el asunto, Geraldine, la pelirroja por la que había perdido las meninges, desapareció con un tahúr que tenía un ojo de cristal.

Pero yo también había cambiado y, renegando de mis principios, me resistí a pagar mis deudas. Eso es lo que tiene la vida, que te cose un traje que nunca piensas que te vas a quitar y, cuando menos lo sospechas, lo cambias por otro más flamante. Lo que ocurre es que el mío, por afrentoso que resulte, se había llenado de lamparones.

Aprendí a escabullirme de situaciones embarazosas y también, obligado por las circunstancias, a dar esquinazo a mis acreedores. Adquirí fama de huidizo y, dado que había sido una eminencia en el arte de la extorsión, muchos aflojaron el nudo. No es que desistieran del todo, pero logré que se olvidaran circunstancialmente de mí. Entre tanto me dediqué a robar, como un robin hood de opereta, a otros ladrones.

Poco después, cuando mis finanzas parecían sanearse, empezaron a sucederse fenómenos extraños, una cadena de incidentes que me dejaron aturdido. Esos sucesos vinieron a precipitarse por el siguiente orden:

1. Geraldine, la pelirroja lujuriosa, apareció una mañana en el umbral de mi apartamento y, tras golpearme con su bolso de piel de cocodrilo, me acusó de haber asesinado a su tahúr tuerto (algo que, aunque deseaba, era falso).
2. Mi patrona me dijo que si recibía más quejas de los vecinos por verme cagando en el portal, se vería obligada a expulsarme del inmueble.
3. Larsson me amenazó con cortarme los genitales si me volvía a ver rondando a Nováková, su escultural novia checa.

4. Un conocido se desmayó al verme en la calle y cuando se recobró del susto, juró que había visto, con sus propios ojos, cómo era arrollado esa misma mañana por un autobús.

Esto último, mi presunto óbito, fue la gota que desbordó el vaso de mi paciencia. No tuve que estrujarme los sesos para darme cuenta de lo que ocurría y de quién estaba detrás. Me costó bastante que Larsson me diera la dirección de Dutroux (tuve que golpearle varias veces en el hígado), pero finalmente entró en razón (al fin y al cabo, nos unía una antigua y recia amistad) y pude hacerme con ella.

Estaba muy cerca de desvelar la forma en que el belga conseguía –a fuerza de enloquecerlos- que sus morosos pagasen.

La casa en la que vivía el belga era una vivienda mísera, rodeada de un seto mal podado y de una verja con restos de orín. A su aspecto abandonado se añadía la mugre de las ventanas, adornadas, paradójicamente, con espléndidos visillos de encaje. Justo cuando estaba llegando vi salir a un hombre robusto, aunque no se trataba de Dutroux.

Cuando aquel tipo llegó a mi altura me quedé petrificado.

Era, para expresarlo en tres palabras, clavadito a mí. Quizá un poco más grueso, y con unas ropas que yo hubiese descartado por anticuadas, pero con un parecido a mi persona innegable. Éramos dos jodidas gotas de agua. Ambos nos miramos con asombro, aunque con una sutil y diabólica diferencia: en sus ojos, donde distinguí unas lentillas color azul, gravitó una irreprimible sombra de terror.

Sin más explicaciones le partí con fuerza la nuez y, al doblarse, le golpeé con el canto de mi mano en la nuca. Luego lo arrastré unos metros y, alzándolo sobre mi hombro, lo llevé hasta la casa.

Una vez en el interior, después de recuperar el resuello y servirme un dedo de bourbon, me senté a esperar a Dutroux. Su casa, mal iluminada, olía a desinfectante y heces de paloma. El belga llegó al anochecer y, por el revuelo, intuí que no lo hacía solo. Así que me oculté detrás de la puerta, mientras su risa gangosa se mezclaba con la de dos prostitutas. “Vaya con el belga”, pensé, “parecía un pichafloja y es un seductor”. Estaba claro que aquel tipo era un pozo de sorpresas y parecía mofarse del resto del mundo. Pensé que irradiaba algo luciferino, una especie de aplomo escurridizo e inmoral. ¿De dónde puñetas había sacado a mi doble? En cualquier caso eso explicaba ciertos enigmas, como la tibia demencia que apresaba a nuestros morosos cuando acudían a pagar. Estuve un buen rato allí, de pie, escuchando los jadeos de las meretrices. Contra cualquier hipótesis Dutroux era un semental magnífico, un tipo que sabía tratar a las mujeres. Los muelles de la cama rechinaron durante horas, hasta que a eso de las doce se largaron de allí.

Dutroux tardó un rato en salir de la habitación. Lo oí ducharse, hacer gárgaras y remedar, con su voz gangosa, un tema de Elvis Presley. Creo que era Nothingville, pero no lo recuerdo bien. No sé cómo conseguí controlar el sueño, pero una hora después estaba apuntándole con mi colt, mientras se orinaba de miedo sobre una moqueta color Burdeos. Llevaba puesta su bata y por lo que pude ver no había envejecido mucho. Tardó un largo minuto en identificarme -lo que me molestó un poco-, pero mientras me despedía de él con dos balazos, acaeció un suceso singular, algo absurdo y también milagroso: mi voz, en otro tiempo clara y viril, se llenó de flemas y empezó a sonar gangosa. Sí...gangosa, como si al asesinar al belga no se hubiera desvanecido del todo y parte de su carne hubiese ocupado mi alma. Incluso cuando, después de enterrarlo y tomar otro dedo de bourbon, hice la llamada a Larsson, supe presagiosamente con qué persona me iba a confundir.

- ¿Qué tal, Dutroux, cómo te va? –me dijo sin sospechar que estaba hablando conmigo- Llamaba para avisarte de que el cabrón de mi ex socio anda detrás de ti. ¡Ten cuidado, Dutroux, ese cerdo no se anda con chiquitas a la hora de despachar a alguien!

Sonreí pensando que mi antiguo jefe, que me estaba delatando sin escrúpulo alguno, tenía las horas contadas y que un nuevo belga había venido al mundo.

Luego advertí que para desempeñar correctamente mi nueva ocupación, tendría que estudiar francés.

AHORA estoy instalado en una casa de visillos magníficos y me pregunto cuántos belgas habrán vivido aquí antes que yo; cuántos demonios capaces de crear un mundo de identidades falsas habrán dejado su huella aquí. Prefiero no especular demasiado, pues estas cosas sólo confunden la mente. Todo en esta vida lleva su tiempo, sobre todo las obras divinas. Por suerte, lo que no me genera problemas es localizar dobles de mis víctimas. Eso que piensa la mayoría de la gente, que todos tenemos un jodido doble en algún lado, es más cierto de lo que ustedes piensan.

En fin, recordando todo esto me vienen a la memoria las palabras del cura de mi escuela, un tipo tenebroso que tenía la mitad de su cara quemada: cuando nos decía, mientras flagelaba nuestras nalgas con su vara de abedul, que todos los hombres estamos hechos a imagen y semejanza de Dios.



TERCER PREMIO

CUENTAS PENDIENTES

Rubén Gozalo Ledesma

Cuando Caín se cargó a Abel, el Tipo de Arriba no envió abajo a una pareja de policías de uniforme para que armaran el caso de la acusación. ¡Demonios!, ni hablar: hizo llamar a un jodido inspector. Y siempre será así, porque la unidad de homicidios de cualquier fuerza policial urbana ha sido durante generaciones el hábitat natural de esa rara especie: el policía que piensa. (David Simon. Homicidio)

Toda la vida trabajando de sol a sol y ahorrando dinero como un desgraciado, ¿y para qué?, se pregunta mientras espera junto a la oficina de la sucursal bancaria. Lleva en el negocio más de tres décadas y cuando está a punto de jubilarse ocurre algo inesperado, que hace tambalear de golpe su existencia. Un oficio como el suyo, no se anuncia en las páginas de los periódicos ni en la televisión. Aun así, muchos clientes contactan con él cuando pretenden deshacerse de alguien. A veces, le piden liquidar a sus parejas o a algún socio que puede resultar molesto. A él le da igual mientras abonen religiosamente sus tarifas.

Ofrece un servicio serio y eficiente. Hasta el momento contabiliza doscientos dieciséis asesinatos. O lo que es lo mismo, casi siete crímenes por año. Es una media magnífica, con el añadido de que nunca ha pisado la cárcel. Su modus operandi es sencillo. Suele enmascarar los crímenes y los convierte en accidentes. Suicidios fortuitos o enrevesados golpes del destino. La rueda del coche que se revienta en el momento más inoportuno, una estúpida caída bajando las escaleras, una mala combustión de la calefacción, un individuo que se mete bajo las ruedas de un autobús o una nota de suicidio encontrada junto al cadáver.



Existen miles de formas de enmascarar un crimen. En cierto sentido se considera un artista. Aunque su trabajo no goza del beneplácito de la policía ni de la mayoría de los sectores de la sociedad. El homicidio se cuece a fuego lento, igual que un buen guiso. Y siempre conlleva una coreografía. Un análisis del entorno, un seguimiento, una metódica planificación que implica meses de estudio, observación y perfeccionamiento. De vez en cuando ha sentido deseos de firmar su obra. No hay dos crímenes iguales y nada se puede dejar a la improvisación. El azar es una puta y el más mínimo titubeo, el menor desliz y todo se puede desmoronar, como si fuese un endeble castillo de naipes.

Se considera un sicario de la vieja escuela y, en ocasiones, le gusta dar a sus crímenes un toque romántico. Lee mucha novela negra que le resulta de gran utilidad. Siempre se aprende con Patricia Highsmith, Dennis Lehane, Chester Himes, John Connolly, Michael Innes, Fredric Brown, James Hadley Chase o Raymond Chandler. Las lecturas le aportan ideas y le ayudan a perpetrar el crimen perfecto. La gente no es consciente de que tiene a su alcance auténticas bombas de relojería, manuales completos sobre cómo acabar con la vida de otras personas sin que nadie lo sepa. Basta con sacarse el carnet de la biblioteca.

Suele ser cuidadoso en la elección de los trabajos. Con frecuencia si el encargo no le convence o suscita dudas lo deja, sin más. A veces, le resulta imposible decir que no. Y entonces evoca a una mujer joven que entró en su oficina una apacible mañana otoñal. Se llamaba Carmen y le pidió que acabase con su vida. Ella no poseía el arrojo suficiente para hacerlo. La mujer padecía un tumor incurable. No le habían detectado el mal a tiempo y los médicos le dieron seis meses. Sin embargo, ella no deseaba vivir postrada en una cama de hospital entre lágrimas, morfina y cuidados paliativos.

A menudo le gusta pensar que si mata a alguien es porque se lo merece. Cuando el objetivo resulta ser la mayor escoria sobre la faz de la tierra, un energúmeno que pega a las mujeres o abusa de los niños, disfruta al máximo cada instante. En los últimos tiempos los clientes le exigen que el cadáver no aparezca. Si no hay cuerpo tampoco crimen. En esos casos recurre a los cerdos. Lo aprovechan todo, los condenados. No obstante, los trabajos de esas características requieren ensuciarse las manos. Y eso supone un coste

21 adicional. Para ello cuenta con un trastero en régimen de alquiler en los suburbios a nombre de una sociedad fantasma donde traslada

los cuerpos. Allí, forra el suelo y las paredes con plásticos a conciencia. Luego se enfunda un impermeable, se coloca las gafas y coge la sierra, procediendo a descuartizar el cadáver con la pericia de un carnicero. Tiene mucho cuidado de no dejar rastro. Una gota de sangre, un mechón de pelo o una fibra de tejido podrían propiciar su caída en caso de que la policía científica se personase en el trastero y llevase a cabo un minucioso análisis y registro de la escena del crimen.

Al principio sentía cierta repugnancia al vislumbrar los trozos de carne desmembrados, pero conforme aumentó el tamaño de su cuenta corriente olvidó por completo los escrúpulos. En los últimos tiempos también le piden cosas extrañas. A veces le solicitan que registre con su cámara digital los asesinatos. Entonces se esmera un poco más. Se pone una máscara del Pato Donald y ata a los objetivos a una silla que se encuentra atornillada al suelo. Luego enciende el foco, les pide que sonrían a cámara, que digan su nombre y comienza el espectáculo. Los suele despellejar vivos. Primero les corta los párpados con unas tijeras. Luego las orejas, la nariz, los labios, las falanges. En caso de que el cliente lo pida, les arranca los testículos de cuajo, los introduce en su boca y espera a que se desangren o se ahoguen.

Vuelve a echar otro vistazo a la calle y, tras cerciorarse de que nadie le está observando, fuerza la cerradura del Mercedes de las lunas tintadas con una asombrosa facilidad y se instala en el asiento trasero. La tapicería es nueva y desprende un aroma a piel, que ni siquiera el ambientador a pino consigue disipar. Es el modelo más alto de la gama y lleva un sinfín de accesorios. Pijadas que se estropean enseguida. Saca la cinta aislante y la cuerda del bolsillo interior de la cazadora y la estira con suavidad. Servirá, se dice. Segundos más tarde extrae una botella y vierte unas gotas de cloroformo sobre un trapo. Después mira la hora en su smartphone y se da cuenta de que aún es pronto. Para matar el tiempo se pone a navegar un rato y se queda perplejo al leer los periódicos digitales. La desfachatez de los políticos carece de límites. A los recortes los denominan ajustes, a la huida de los jóvenes al extranjero a buscar trabajo lo llaman movilidad exterior, las subidas de impuestos se han convertido en cambios en la ponderación fiscal y para referirse al rescate de la banca es preferible utilizar términos como fondo de liquidez. La crisis sigue siendo un tabú. Es más idóneo hablar de desaceleración económica, de crecimiento negativo.

Él cree que a las cosas hay que llamarlas por su nombre. Él es un asesino, lo mismo que muchos de esos gobernantes que con sus leyes injustas están propiciando la muerte indirecta de muchas personas: pacientes que fallecen porque no pueden asumir el coste de los medicamentos en las farmacias, padres de familia que se quitan la vida cuando van a ser desahuciados, inmigrantes a los que no se les presta ayuda o se les dispara pelotas de goma mientras intentan llegar a nado a las costas. ¡Hay que joderse! Menuda panda de cabrones y sinvergüenzas que nos gobiernan, masculla furioso.

Sin embargo ahora debe concentrarse. Tiene un asunto de vital importancia entre manos. Y cuando se trata de algo personal, le gusta esmerarse y emplearse a fondo. Cuida al máximo cada detalle, como si le fuese la vida. Ha planificado con minuciosidad cada paso. Nada de errores ni situaciones arriesgadas que pongan en peligro la operación. Está en juego su honor. Y eso es lo más importante. Porque a él, nadie le toma el pelo, ni siquiera el Espíritu Santo. Nadie se ríe en su cara y continúa respirando. Los perros llevan cinco días sin comer. Se ha asegurado de echarles algo de agua. Ha insonorizado el garaje y se ha acopiado de un sinfín de herramientas: el soplete, las tenazas, el martillo, los alicates, la pistola de clavos...

Es una radiante mañana estival y el sol desparrama su vómito de luz más allá de la interminable sucesión de edificios, códigos de barra de ladrillo y hormigón que se alzan inexpugnables en el horizonte y se mezclan con la jauría de vehículos que se deslizan por el asfalto de alquitrán. Cuando ve al tipo salir de la sucursal se frota las manos. Con cuidado, se oculta detrás del asiento del conductor, aprieta los dientes y espera agazapado en la sombra como si fuese un lobo. En su cabeza hay un sinfín de sentimientos encontrados. Sin embargo, en estos momentos le hierva la sangre y le domina la ira. La rabia se adueña de él solo con pensar que lo ha perdido todo. Todo su dinero en aquellas putas preferentes.

Es un producto fijo, seguro y muy rentable. No entraña ningún riesgo y en cuanto necesites el dinero, en menos de veinticuatro horas, lo tendrás disponible. Es infinitamente mejor que cualquier depósito, te lo garantizo, le había explicado aquel director de zona meses atrás.

Oye unos pasos acercándose al coche, escucha el tintineo de las llaves, la puerta entornándose.

Se consuela con saber que aún le queda toda la tarde por delante y si de algo está seguro es de que la va a aprovechar al máximo.



Revista cAnayita

¿TE GUSTA LA INICIATIVA?

LA REVISTA cANAYITA BUSCA GENTE
QUE COLABORE DIRECTAMENTE CON
EL CONSEJO EDITORIAL Y COLABO-
RADORES ASOCIADOS. ¡ÚNETE!

¡PARTICIPA!

Contacta con nosotros:

CORREO: canayita@usa.es

Web: canayita.usa.es

FACEBOOK: [REVISTA CANAYITA](https://www.facebook.com/revistacanayita)

TWITTER: [@REVISTACANAYITA](https://twitter.com/revistacanayita)

